

ALGUNOS TRABAJOS RECIENTES SOBRE METRICA LATINA

Hasta hace relativamente pocos años, el dominio de la métrica no era de los más favorecidos por el interés de los estudiosos. Disciplina ligada estrechamente a la prosodia, se veía afectada por la falta de precisión y la carencia de nociones científicas claras en este último sector, situación que se agravaba a raíz de la anarquía nacida de las pronunciaciones nacionales. Señalemos, de paso, entre las causas del desinterés, el carácter y la modalidad misma de estos estudios, que una consideración superficial puede tachar de áridos ¹.

El correlato de esta situación en el plano pedagógico tampoco era muy alentador: aplicados alumnos aprendían mecánicamente a repetir los esquemas tradicionales o, en el mejor de los casos, se esforzaban en imitar las estructuras aprendidas en los autores clásicos componiendo exámetros o endecasílabos más o menos artificiosos o retóricos. Por esa misma época la estilística no era una disciplina científica, sino una colección de recetas y repositorio de adornos seleccionados en la "buena prosa", destinado a engalanar composiciones escolares o disertaciones eruditas.

¹ Suele ocurrir en este caso, como en tantos otros, que no es árida la materia; lo que puede ser más o menos seco y estéril es la manera de encararla. Vale la pena tener en cuenta, con respecto a este tema y otros que pueden parecer inatractivos, las palabras de L. Nougaret, en su crítica al libro de Norberg que citamos más abajo: (ver nota 20): "Aquí vemos que se reproduce ese fenómeno particular de las grandes obras: quedan enmarcadas dentro de su dominio, pero encaran su tema desde un punto de vista tan nuevo y saben descubrir tan bien las causas y los efectos, que esclarecen todo un período de la literatura".

Al presentar el estado de los estudios sobre métrica latina, en un trabajo que resumía lo logrado hasta 1943 y sugería amplios campos y temas particulares de investigación, afirmaba J. Descroix ²: “Aunque la actividad de los latinistas se ve solicitada desde muchos dominios, hay pocos que gocen de tan escaso favor, en la hora actual, como el de la métrica, y sin embargo la métrica latina está plagada aún de puntos oscuros”

Ahora bien, de entonces aquí, y teniendo en cuenta cuán difícil resulta fijar límites cronológicos a tales cambios, se notan evidentes progresos. La métrica latina se vio beneficiada por un movimiento general ocurrido en el campo de la lingüística y la filología, que ha seguido múltiples y coincidentes direcciones. Por una parte, la estilística ha ido perdiendo su aspecto retorzante y ornamental ³ y al definir, ahondar y sistematizar su dominio, integrándose con la sintaxis histórica y comparada, la psicología, la prosodia y la métrica, se ha ido transformando en un instrumento que constituye la llave maestra de la interpretación de los textos ⁴. Esta transformación, en lo que res-

² *Tendances et lacunes des études de métrique latine*, en el “Memorial des Etudes Latines”, Les Belles Lettres, Paris, 1943, págs. 117 y sigs. Véase también, en el mismo tomo, la actualización de problemas y detalle de cuestiones pendientes en la métrica de Plauto y de Terencio que realiza L. Nougaret, *La métrique de Plaute et de TERENCE*, ibid., págs. 123 y sigs.

³ Parece haberse abandonado, en buena medida, la idea de utilizar el latín como lengua hablada, y sólo lo escriben, en trabajos filológicos, los autores cuya lengua vernácula tiene poca circulación en el oeste de Europa. Las tentativas pedagógicas tendientes a instaurar lo que se llama el “latin vivant”, por cuya promoción hasta se han celebrado congresos, encuentran la oposición de la gente mejor orientada. Véanse al respecto las observaciones de Marouzeau, nota *Sur la pédagogie du latin*, REL, XXXVIII, págs. 80 y sigs., que concluye diciendo: “Pero aquí aparece el efecto de otro prejuicio de la pedagogía moderna, consistente en tratar el latín como una lengua actualmente viviente, semejante a las que pretenden enseñar los manuales de conversación para turistas. El latín que podemos, que debemos enseñar, es una lengua muerta: lengua que sólo conocemos por escrito, lengua de literatura, lengua plena de sabiduría, apta para la expresión del pensamiento y del arte, y que por lo tanto sólo puede aprenderse mediante una aplicación razonada, formativa, educadora. Y ese latín es el que ya no se sabe, porque ya no se lo aprende”. Lengua muerta, entonces, pero no inerte.

⁴ Véase *Extraits d'articles de J. Marouzeau sur la stylistique*, en “Memorial...”, págs. 104 y sigs.

pecta a los estudios latinos, está vinculada fundamentalmente con el nombre de J. Marouzeau ⁵.

Por otra parte, la prosodia ha realizado notables progresos, y hoy disponemos de un conjunto de nociones científicas que nos permiten reconstruir la pronunciación clásica, en líneas generales ⁶.

Además la métrica se ha beneficiado de la tendencia cada vez más firme a considerar los hechos latinos independientemente de los griegos, y a estimarlos por sí mismos lo cual no implica, por supuesto, negar las influencias ni abandonar su estudio. Si podemos decir que, en general, el estudio de la métrica latina se hacía en apéndice a la métrica griega, aun en los mejores autores, esta situación ha cambiado en los últimos tiempos, y así vemos obras como las de Crusius ⁷ y Nougaret ⁸, que tratan exclusivamente los hechos latinos y ahondan las cuestiones peculiares de ese ámbito, que requieren un enfoque autónomo: el saturnio, adaptación de los metros importados a la peculiar estructura del vocabulario, ictus y acento, límites verbales, prosa métrica.

Es así como, por la acción conjunta de todos estos factores, se ha ido reconociendo la importancia que tiene el conocimiento

⁵ Su obra fundamental sobre el tema, el *Traité de Stylistique appliquée au latin*, es de 1935.

⁶ Véase sobre todo, J. MAROUZEAU, *La prononciation du latin*, Paris, 1930, que trae una historia de la cuestión desde el siglo V, con indicaciones bibliográficas muy completas. Consúltese también el excelente libro de A. TRAINA, *L'alfabeto e la pronuncia del latino*, Bologna, 1957, que trata en forma sistemática todos los problemas referentes al alfabeto y a la pronunciación, aunque pueda ser justa la crítica que le formula Marouzeau, de no haber incluido las cuestiones referentes al acento y la cantidad, que son fundamentales para la prosodia (ver REL, XXXV, págs. 305 y sigs.).

⁷ *Römische Metrik, eine Einführung*, Munich, 1929. Este libro fue traducido al español, en forma no muy prolija, con el título *Iniciación en la métrica latina*, Barcelona, 1951. En 1955 apareció la segunda edición alemana, revisada por Rubenbauer, que constituye en verdad una obra nueva (ver la nota crítica de L. NOUGARET, REL, XXXIII, págs. 379 y sigs.). Esta obra tiene la ventaja de incluir un capítulo sobre prosodia, que no se encuentra en el Tratado de Nougaret, de modo que suple entonces la falta de buenos manuales accesibles sobre este punto.

⁸ *Traité de métrique latine classique*, Paris, 1948.

de la métrica para la comprensión de los textos en profundidad y cómo tales estudios, llevados de mero ejercicio escolar al nivel de disciplina científica, nos permiten acercamientos de insospechada hondura. Dice al respecto L. Nougaret, al final del artículo citado más arriba⁹: "En todo esto no debe olvidarse nunca que la métrica reposa ante todo sobre la pronunciación, y que su estudio se justifica, sobre todo, porque es uno de los medios más seguros de hacer revivir una música sepultada en los textos antiguos. De todas las ciencias filológicas, es una de las más evocadoras, de las más vivas; su misión consiste en resucitar las obras momificadas de los poetas antiguos, en reparar el ultraje que les han infligido los años. Gracias a ella, su melodía extraña canta aún, luego de millares de años, para quienes saben oírla".

Desde 1956, lapso que abarca principalmente este informe, han aparecido algunos trabajos muy importantes dentro de este dominio. Comenzaremos citando las entregas V y VI de los *Hexameterstudien* de H. Drexler, quien imbuido del nuevo espíritu de que venimos hablando, al decir de Perret¹⁰ "reintegra la métrica en la lingüística, (fonética, sintaxis y estilística)" y se apoya en la "convicción de que se puede llegar mediante la métrica a una caracterización más precisa de la manera de los autores, a una interpretación más justa de las intenciones de cada verso". El modo en que fue apareciendo la obra, da una idea de las dificultades que tuvo que vencer su autor. El trabajo comenzó a publicarse en 1950, y la primera parte salió en *Aevum*, XXV, 1951, págs. 435-466 y 512-547. La segunda y tercera aparecieron juntas en Salamanca, en 1953 (129 págs.), y la cuarta en microfilm en Göttingen (Vandenboeck y Ruprecht). La quinta parte la publicó *Emérita*, XX y XXI y luego fue editada, junto con la sexta en los "Manuales y anejos de *Emérita*", XIV, Madrid, 1956 (113 págs.). A ello se deberán seguramente las pesimistas reflexiones con que el autor termina

⁹ *La métrique de Plaute...*, pág. 148.

¹⁰ REL, XXXV, pág. 312.

su obra, en lo que respecta al descrédito en que han caído los estudios métricos, y que Perret en su nota no suscribe, pues objeta: "No puedo creer que sea durable; habría en verdad que desesperar de los filólogos si se resignaran a ignorar aquello sin lo cual Lucrecio, Virgilio, Lucano, sólo hubieran sido pro-sistas". Estos estudios, y la mayor parte de los que se realizan en la actualidad, parten de la base de que la realidad métrica fundamental no es el pie y la sílaba sino el hemipié y la palabra, como ya decía Louis Havet, quien afirmaba que "todos los descubrimientos modernos de la métrica son descubrimientos de métrica verbal"¹¹. Para dar una idea de cómo el autor enfoca la materia, expondremos algunas de sus conclusiones. En la primera parte de su trabajo, (la aparecida en *Aevum*) concluye Drexler que en los versos de cesura triemímera-heptemímera (TH) la palabra que precede a la triemímera, si es yámbica, forma grupo sintáctico con la precedente; pero si la palabra que precede a la triemímera es espondaica, se relaciona con lo que sigue. Por ejemplo en Eneida X, 226:

pone sequens dextra puppim tenet ipsaque dorso,

sequens, palabra yámbica, está vinculada sintácticamente con el adverbio *pone*. En cambio Eneida X, 308:

Nec Turnum segnis retinet mora, sed rapit acer,

Turnum, palabra espondaica (aquí por posición), es objeto de *retinet*. En la segunda parte (la publicada en Salamanca) Drexler extendió esa teoría a la palabra que precede a la pentemímera.

Ejemplos:

En. I, 357: tum *celerare fugam patriaeque excedere suadet*, comparado con

¹¹ Véase NOUGARET, *La métrique de Plaute...*, I, A: Notions stériles et notions fertiles, pág. 126. La obra fundamental de Havet para la métrica es L. HAVET et L. DUVAU, *Cours élémentaire de métrique grecque et latine*, Paris, 1896, aunque la frase citada está en el § 247 de su *Manuel de critique verbale*.

En. I, 135: quos ego... sed *molos* praestat componere *fluctus*.¹²

Tanto Nougaret como Perret reconocen la prolijidad y penetración que caracterizan los estudios de Drexler, aunque no pueden reprimir una actitud de escepticismo, dado el carácter poco significativo de las muestras. "Es imposible afirmar que ese "gallup" sea la imagen exacta de la realidad" (Nougaret, nota citada).

Otro tema crucial de la métrica latina es el referente a acento e ictus, o sea la relación existente entre acento de la palabra y acento del pie: ¿coincidencia o indiferencia?

En este dominio las posiciones son diametralmente opuestas. Así, hay quienes niegan directamente la existencia del ictus, como G. B. Pighi¹³ que sostiene que el ictus no tenía ninguna función rítmica sino que el ritmo, sucesión de impulso y pausa, es uno, y admite muchas versificaciones. Pighi, músico, ilustra los ritmos con partituras de diversos autores y propias, en coros y melodías.

Totalmente opuesta es la posición de Herescu¹⁴, por ejemplo, quien sostiene que la existencia del ictus "no está discutida, pues es indiscutible"; "el elemento capaz de marcar la diferencia entre el verso y la prosa no es el acento de la palabra ni la cantidad de las vocales, sino el acento métrico, el ictus";¹⁵

Otros autores son más cautelosos y adoptan una posición

¹² Véase la nota crítica de L. NOUGARET a la segunda parte, REL, XXXII, pág. 353.

¹³ *I ritmi e i metri della poesia latina*, Brescia, La Scuola Editrice, 1958, 220 págs. Véase la nota de L. NOUGARET en REL, XXXVI, págs. 288 y sigs.

¹⁴ *La poésie latine. Etude des structures phoniques*, Paris, Les Belles Lettres, 1960, 229 págs. Véase la nota de J. MAROUZEAU en REL, XXXVIII, pág. 353 y sigs.

¹⁵ Sobre esa base, Herescu estudia la relación existente entre los sonidos atacados por el ictus y el efecto estilístico, y pasa revista a una larga serie de homofonías. El método, pese a la penetración con que el autor lo aplica, se presta a serias críticas. A medida que nos alejamos de las onomatopeyas, es cada vez más difícil asociar grupos o reiteraciones de sonidos con determinadas situaciones anímicas o vivencias estéticas.

de saludable reserva. Así Cordier¹⁶, siguiendo a Ernout¹⁷, afirma que "la cláusula formada por los dos últimos pies, que representaba el elemento más sensible y organizado del exámetro, podía quizás provocar un interés, que nos resulta difícil discernir, en reunir allí sobre una misma sílaba impresiones auditivas tan diversas como la elevación de la voz y la duración del tiempo fuerte".

Esta última posición parece la más sensata, pues a nuestro juicio si se desecha la noción de ictus¹⁸ es necesario abandonar también la de pie, y toda la métrica resultaría silábica, lo cual se halla en contradicción con el fundamento de la métrica dactílica y yambo-trocaica, en la cual rige el principio de que una larga es equivalente y generalmente sustituible por dos breves,

¹⁶ *Les débuts de l'hexamètre latin. Ennius*, Paris, 1947, pág. 27.

¹⁷ Dice Ernout que "querer establecer en semejante materia reglas fijas es muy peligroso. En francés, donde el acento es casi insensible y cae en principio—donde se lo observa—sobre la sílaba final, comprobamos desplazamientos que se adaptan a los matices afectivos del pensamiento. El adverbio *vraiment*, cuando indica el asombro puro y simple, lleva el acento sobre la última sílaba; cuando implica un valor irónico, está acentuado sobre la inicial, y se comprueba allí, a la vez, un tono (acento de altura) y un acento de intensidad: *vraiment? vraiment?* Es muy probable que así haya sido en latín: ciertas coincidencias del ictus y el acento tienen un sentido, otras no lo tienen". (ERNOUT, REL, VII, pág. 112, reseña del libro de Ed. Fraenkel, *Iktus und Akzent in lat. Sprechvers*, Berlin, Weidmann, 1923. Citado por Cordier). Un resumen de las opiniones acerca de la coincidencia de ictus y acento puede encontrarse en M. G. NICOLAU, "L'origine du "cursus" rythmique et les débuts de l'accent d'intensité en latin", edit. Les Belles Lettres, Paris, 1930, págs. 57 y sigs. Se exponen allí tres opiniones: 1, Coincidencia buscada: LANGEN, F. SKUTSCH, A. KLOZ, W. M. LINDSAY; 2, Coincidencia evitada: C. F. W. MÜLLER, VOLLMER, FR. MARX; 3, Coincidencia buscada en ciertos pies (fin del exámetro) y evitada en otros, es decir, posición intermedia: E. H. STURTEVANT.

¹⁸ Entendemos aquí por ictus no el llamado "ictus mecánico", o golpe del pie que marca el tiempo, sino el "ictus vocal", o sea el aumento de intensidad de la voz sobre el hemipié fuerte (elatio soni, uocis). Véase L. NOUGARET, *Précis de métrique latine classique*, § 15 a 19. El ictus mecánico fue sustituido por el ictus vocal alrededor de los siglos IV a V d. Cr., en la época en que el acento se tornó intensivo. Esta es, por lo menos, la opinión predominante, aunque no faltan quienes, como AAGE KABELL, *Metrische Studien, II: Antiker Form sich nähernd*, Uppsala Universitets Årsskrift, 1960, 6, sostengan justamente la tesis contraria, de que no existió tal ictus vocal en ese período, sino que los versos eran escandidos por sus acentos gramaticales. Véase la crítica de BURGER, REL, XXXVIII, págs. 349 y sigs.

y además el tiempo débil de los yambos y troqueos puede condensarse y disolverse. La única métrica absolutamente cuantitativa que encontramos en latín parecería ser la de los poetas de la época de Cicerón y posteriores que aclimatan los metros líricos griegos y crean una forma artificiosa, aunque exquisita, de poesía. En cambio los yambos o troqueos de Plauto, por ejemplo, con sus frecuentes y complejas sustituciones, sólo pueden constituir pies claros y discernibles por el oyente como tales, dotados de límites precisos, por el retorno del tiempo marcado.

Los estudios más fecundos a este respecto son los referentes al período, de ubicación discutida, en el cual se pasa del verso cuantitativo al acentual. Sobre el tema han aparecido en los últimos años varios trabajos importantes, que debemos a un autor suizo, M. Burger, y a un sueco, D. Norberg. En 1957 publicó Burger, un libro sobre la estructura y el origen de los versos románicos¹⁹, cuya parte segunda, sección primera, se titula *Passage du vers quantitatif au vers accentuel* y nos interesa para el tema en cuestión. Burger somete a minucioso examen el dímetro yámbico y llega a la conclusión de que Ambrosio (siglo iv) no se preocupaba por el lugar del acento verbal al componer sus himnos, pues todavía era en esa época muy fuerte el sentimiento de las oposiciones de cantidad. Pero luego va aumentando la importancia de la intensidad, predomina el acento verbal, y dos siglos después Gregorio el Grande y Eugenio de Toledo buscaron la coincidencia de ictus y acento.

Al año siguiente publicó Norberg su libro sobre la versificación latina medieval²⁰, en el cual sostiene que si la cuestión llegó a complicarse, fue porque siempre se supuso que los versificadores rítmicos trataban de hacer coincidir los acentos verbales con los ictus métricos, lo cual para él constituye un planteo

¹⁹ *Recherches sur la structure et l'origine des vers romans* (Société de publications romanes et francaises, t. LIX). Ginebra, Droz; Paris, Minard, 1957, 188 págs. Véase la nota de L. NOUGARET en REL, XXXV, págs. 314 y sigs.

²⁰ *Introduction à l'étude de la versification latine médiévale* (Studie Latine Stockholmiensia, V): Estocolmo, Almqvist y Wiksell, 1958, 218 págs. Véase la nota de L. NOUGARET en REL, XXXVI, págs. 289 y sigs.

equivocado del problema. El procedimiento empleado por los versificadores rítmicos, según Norberg, consistía en leer la poesía cuantitativa, que ellos imitaban, pero con los acentos verbales de la prosa, y componer luego poemas integrados por palabras que tuvieran los acentos en esos mismos lugares, con prescindencia de la cantidad. Por ejemplo, de este sáfico cuantitativo ²¹:

en adest Caesar // pius et benignus

resulta el siguiente sáfico rítmico:

cui totus orbis // uoto fide bona.

Norberg llama a esto "imitación de la estructura" y en este punto coincide con el planteo de Burger. Pero Norberg es un investigador de criterio amplio y consciente de los matices y contradicciones, y sabe que la "imitación de la estructura" no puede dar cuenta de la abigarrada complejidad de los hechos, sino que sólo constituye un punto de partida. Se rehusa entonces enérgicamente a encerrar toda la poesía rítmica en una fórmula: los versificadores fueron a veces seducidos por la regularidad de la acentuación, por ejemplo en el esquema del septenario trocaico, y fue eso lo que imitaron: otras veces fue el número de sílabas, el número de palabras, y aun la cantidad. De ello resulta su conclusión, de que los límites entre poesía rítmica y poesía cuantitativa son a veces imprecisos.

Un oportuno artículo de Burger ²², aparecido al año siguiente, aclara los puntos de coincidencia y diferencia. Burger reconoce la validez general de los esquemas de Norberg, y no niega que existan casos de imitación íntegra del verso cuantitativo, pero da una explicación más razonable de aquellos casos que Norberg consideraba imitaciones parciales de la estructura o imitación parcial del número de sílabas, lo cual le permite reivindicar para sí la superación de la perspectiva estática en que se ubicaba aquél. Si el verso acentual estuviera siempre estrecha-

²¹ Citado por L. NOUGARET, véase nota 19, pág. 290.

²² REL, XXXVII, págs. 230 y sigs.

mente unido a su modelo, el verso cuantitativo, no podría esperarse, en tal perspectiva, que el verso acentual evolucionara. Al contrario, si se admite, lo que yo creo justo, que el verso acentual ha nacido naturalmente, en forma paralela a la evolución de la lengua, es de esperar que tenga una historia propia, desvinculada de su "modelo" cuantitativo, y que evolucione hacia formas nuevas²⁰. Aclararemos las diferencias con un ejemplo. Al referirse al tetrámetro trocaico cataléctico (llamado también septenario trocaico), afirma Norberg que no se utilizan en fin de verso palabras disilábicas²¹, de modo que para explicar un verso como el citado en la nota 24:

qui ornatur uestiménto / nuptiali indútus

tiene que sostener que se trata de imitación del número de sílabas. En cambio para Burger, tal tipo de verso proviene de la imitación de un tetrámetro trocaico cataléctico cuantitativo cuando su último acento verbal caía en la penúltima:

Dum stupentibus tenebris / candidum praestat diem,

que era una de las dos posibilidades que se presentaban al poeta.

A través del análisis de este metro, y del trímetro yámbico, el doble dímetro yámbico y el asclepiádeo menor, llega Burger a la conclusión de que los poetas rítmicos sólo mantienen el número de sílabas y el ritmo, que resulta de los acentos gramaticales que se han vuelto de intensidad. Luego de constituidos, estos versos evolucionaron en forma autónoma y llegaron a

²⁰ Artículo citado en nota 18, pág. 241.

²¹ Este error de Norberg proviene, según Burger, de que aquél no ha establecido diferencia entre el verso acentual de la época merovingia y el compuesto a partir del renacimiento carolingio, sino que ha utilizado sólo ejemplos correspondientes a este último período o posteriores. Ahora bien, en tanto la época merovingia conserva una antigua tradición viva, ésta justamente se interrumpe en la época carolingia y deja paso a la imitación del modelo clásico, que requería un proparoxítono al final, tipo:

Quomodo bonum ob áctum / similatur ángelis,

lo cual excluía un verso del tipo:

qui ornatur uestiménto / nuptiali indútus.

constituir un sistema que es el antecesor del que conocemos en la versificación romance.

Inesperada confirmación aportan a los puntos de vista de Burger y Norberg los poetas de los *Carmina Epigraphica*, según observa L. Nougaret (REL, XXXVII, pág. 277 y sigs.) en su comentario al libro de Hoogma, *Der Einfluss Vergils auf die Carmina Latina Epigraphica*, Amsterdam, 1959. En este libro se muestra cómo los versificadores que ya ignoraban la escansión de Virgilio, utilizaban palabras de la misma extensión sin atender a las cantidades, y así reemplazaban, por ejemplo, el virgiliano "urbs antiqua fuit", por "urbs Augusta felix", sin preocuparse de que la palabra "felix" no equivalga métricamente a "fuit".

De la metodología aplicada en el estudio de los límites verbales (Wortgrenzen) da buena idea un artículo de Lothar Rotsch²⁶ en el cual estudia las tres odas horacianas en asclepiádeos mayores: I, 11; I, 18 y IV, 10, en lo que a este aspecto se refiere. El método es fundamentalmente estadístico, e incluye cuadros que muestran los porcentajes de coincidencia entre fin de palabra y cada uno de los 16 lugares del verso. De ahí se pasa a un estudio de la densidad, que permite afirmar que ésta es creciente a través de los tres kola, y aun dentro de cada uno de los tres. Otro cuadro muestra el porcentaje de versos en que un monosílabo llena alguno de los 16 lugares. Y un tercer cuadro refleja la congruencia entre ictus y acento en cada uno de los 3 kola. Luego se funcionalizan todos estos datos en la interpretación estilística, y es posible llegar a formulaciones como la siguiente: "Un poema en asclepiádeos mayores se halla entonces penetrado de una tensión, que, partiendo de versos caracterizados rítmicamente al comienzo de la poesía, crece de kolon a kolon, para encontrar una solución con un final de efecto. Es el camino de una tesis a una antítesis, que tiene insito un elemento directamente dramático. Ello se hace audible

²⁶ Zur Form der drei Horazoden im Asclepiadeus maior (I, 11; I, 18; IV, 10, en *Gymnasium*, Band 64, 1/2, 1957.

al recibir dos veces el ictus el fin de kolon, que se encuentra, en cada caso, con un ictus después de la cesura. En estos lugares se acumula una fuerza rítmica, que tiende a buscar su compensación" (pág. 94).

EDUARDO J. PRIETO.